

todos los valores y normas son, de época en época, parte de la superestructura de ciertas formaciones sociales, y a la vez, defender con Antígona que los derechos humanos, en tanto normas morales, rigen por encima de, y hasta contra, cualquier derecho positivo, en todo tiempo y lugar. Entre numerosos tartamudeos, Marcuse respondió: no sé cómo, sin hacer algún truco barato, conciliar las dos afirmaciones, pero moriré defendiéndolas a ambas. Habermas comentó: felizmente, una vez más, el viejo maestro prefirió la incoherencia a la irresponsabilidad.

La incoherencia es un vicio epistémico, sin embargo, a veces también resulta el último escape de la razón arrogante, esa inagotable productora de guetos, por supuesto, a menudo de guetos militantes. En cambio, la irresponsabilidad es un vicio rotundamente moral y sin paliativos. Felizmente, para los que admiramos a Nora Rabotnikof, aunque alguna que otra vez nos topemos en sus lúcidos y no pocas veces brillantes trabajos, como en todas partes, con tensiones y hasta incoherencias, éstas, en ella, constantemente son mitigadas, y hasta redimidas, por la responsabilidad.

LA FRAGILIDAD DEL ESPACIO PÚBLICO

Roger Bartra

Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM, México

A muchos la publicación de este excelente libro de Nora Rabotnikof nos parece un acontecimiento extraordinariamente pertinente. Desgraciadamente a muchos otros les parecerá una verdadera impertinencia. De entrada Nora Rabotnikof identifica los espectros contra los que pelea, y que sentirán que sus cotos privados de caza son invadidos por lugares comunes. En primer lugar quienes ante las carencias y el caos de la acción política buscan encerrarla en la prisión de leyes rígidas y de normas imperativas, encapsularla en principios abstractos duros y en certezas trascendentales de orden moral o científico. Este libro les parecerá impertinente a esos intelectuales quejumbrosos de vocación antipolítica que no soportan el azar y la contingencia a que nos someten los aires democráticos, y a quienes les parece insufrible la fragilidad y la precariedad de las instituciones políticas.

El otro espectro contra el cual lucha nuestra autora es el de los «realistas» que rechazan como ficciones los ideales que definen el Estado de derecho o los principios que iluminan la necesidad de ampliar los espacios públicos; estos «realistas» prefieren aprovecharse de la desdicha, la simulación, los vasos comunicantes secretos, la corrupción, los engaños y las astucias que permean, se supone que inevitablemente, la acción política, y que la condenan a una inevitable turbiedad.

Podemos comprender que hoy, en México y en América Latina, los adversarios a los que se enfrenta Nora Rabotnikof son legiones: unos se refugian bajo la sombra del odio a la política, otros se agrupan en mafias oportunistas. Los primeros fustigan con látigos morales a la sociedad y quieren doblegar el desorden político con el yugo de la lógica científica. Los otros piensan que en fango y

la putrefacción son inevitables, e impulsan el activismo de quienes se tapan la nariz cuando van a votar o se reúnen a conspirar. Los primeros quieren imponer un orden trascendente a los espacios públicos; los segundos creen que los lugares comunes apestan necesariamente. En suma, allí donde hay masa que invade los lugares públicos hay contingencia y malos olores, empujones imprevisibles y tufos comunitarios.

El libro explora tres diferentes sentidos de lo público: como aquello que es de interés común, como el lugar accesible a todos y como aquello que es manifiesto. Es decir, lo público como opuesto a lo privado, a lo cerrado y a lo oculto. A partir de la última asociación, lo público que se opone a lo secreto, el libro procede a analizar, en un capítulo muy atractivo, el pensamiento de Kant. No hay espacio aquí para comentarlo, pero es convincente la propuesta de que las grandes discusiones sobre los espacios públicos remiten a «esa caja de Pandora que abrió Kant al determinar la autonomía de la categoría jurídica y, al mismo tiempo, al plantear su relación con la moral y con la política» (p. 78). Es tan brillante y clara la visión que nos ofrece Kant, y tan bien expuesta por la autora, que cuando aborda a los cuatro pensadores que son la materia prima de sus reflexiones, se nos antoja que estamos, para usar la famosa referencia, ante una danza de enanos en los hombros de un gigante, y que por ello pueden mirar más lejos. Por supuesto, estoy exagerando, pero no puedo evitar preguntarme si los cuatro pensadores —Hannah Arendt, Jürgen Habermas, Reinhard Koselleck y Niklas Luhmann— no sólo permanecen cobijados por el gran árbol de la Ilustración, sino que siguen sin poder escapar de los demonios que salieron de la caja de Pandora abierta por Kant.

La inquietante ambigüedad que heredamos de Kant se puede ejemplificar en las siguientes líneas procedentes de *La paz perpetua*, y citadas por Nora Rabotnikof: «si no

hay libertad ni ley moral fundada en la libertad; si todo lo que ocurre y puede ocurrir es simple mecanismo natural, entonces la política —arte de utilizar este mecanismo como medio para gobernar a los hombres— es la única sabiduría práctica, y el concepto de derecho es un concepto vano» (p. 55).

Para procesar las ambigüedades Nora Rabotnikof acude a los cuatro pensadores citados. Habermas y Arendt se interesan por enfatizar la autonomía de lo público frente a la estructura política. Luhmann y Koselleck se esfuerzan por observar la inclusión de los espacios públicos en el sistema. Para los dos primeros el espacio público expande la dimensión comunitaria y cohesionadora de la política. Lo público, para Koselleck y Luhmann, es usado por la gestión gubernamental y por la administración. Para Arendt y Habermas lo público es la trinchera desde donde se lucha contra la centralización y la estatización de la política. Koselleck y Luhmann creen más bien que el espacio público es un mecanismo que permite regular los procesos de inclusión y exclusión. El libro de Nora Rabotnikof es un ensayo creativo que pone a bailar a los cuatro pensadores en una cuerda kantiana, a veces floja y en ocasiones tensa, que oscila entre dos extremos. Habermas baila más del lado de la construcción comunitaria de legitimidades. En contraste, Luhmann destaca los circuitos de comunicación y los mecanismos sistémicos eficientes que funcionan como un termostato social, que enciende y apaga los motores gubernamentales automáticamente. Habermas tiende a acercarse más a Arendt y Koselleck a Luhmann, pero en la danza de las ideas se entrecruzan en un tejido complejo.

Cuando la democracia por fin llegó a México, a fines del siglo XX, de inmediato se presentaron problemas que pueden mostrar la gran pertinencia de las reflexiones de Nora Rabotnikof sobre los espacios públicos. Lo expresaré de manera muy sucin-

ta, pues no hay tiempo para más. Ante el cambio de paradigmas culturales y la crisis de nacionalismo, surgió la pregunta: ¿Hasta qué punto un nuevo pragmatismo, de corte luhmanniano, puede funcionar en la política? Podemos admitir que la introducción de cierta racionalidad en la gestión de la cultura política puede combatir con eficacia la corrupción y los vicios. Me perdonarán que, en mi afán de sintetizar, reduzca de manera tan burlesca los dilemas políticos. Si, por ejemplo, se fabrican pantalones, es necesario saber (mediante estudios antropométricos y etnográficos) la distribución de las tallas de la población consumidora y sus gustos; es necesario también tomar decisiones sobre la calidad y los tiempos de desgaste de cada una de las piezas, de manera que se alcance un equilibrio óptimo que produzca los más elevados dividendos. Pero los componentes, las medidas y las partes de los aparatos culturales no pueden ser programados de la misma manera. Es cierto que si los nuevos vestidos que los empresarios culturales elaboran para los políticos están hechos con manuales e instructivos poco adecuados, pueden surgir problemas. Es posible que a los managers de la fábrica de vestuarios no les parezca esencial invertir en las mejores cremalleras y prefieran gastar en casimires ingleses: pero si la bragueta de los pantalones no cierra, el señor ministro no podrá salir a la calle ni presentarse en público. Pero aún suponiendo que se logre un equilibrio sistémico entre braguetas y tejidos, podemos comprender que para que el señor ministro vea acrecentada su legitimidad es necesaria la introducción de criterios morales y culturales, de índole habermasiana, que legitimen su gestión.

¿Dónde se ubica Nora Rabotnikof en este tejido laberíntico? Aunque la rama es complicada ella no abandona el juego dialécti-

co como la brújula que le permite discernir polaridades. No pierde de vista que los espacios públicos oscilan entre una moralidad culturalmente enraizada en costumbres y una racionalidad normativa práctica que genere legalidad y Estado de derecho. La insistencia en la primera dimensión, advierte Nora Rabotnikof, carga el «espacio público de expectativas excesivamente comunitarias» y se corre el riesgo de condenar a la democracia a la desdicha o a la depresión. Por ello explora la posibilidad de impulsar la «demanda general de sentido» y de volver a «la vieja utopía de la autogestión de la sociedad» (pp. 310-311), para apuntalar la democracia en América Latina. Pero de inmediato reconoce un peligro: el reconocimiento pragmático del valor de una racionalidad autogenerada no evade el hecho de que las prácticas políticas que así cristalizan se convierten en costumbres y tradiciones culturales «que sobreviven demasiado tiempo a los problemas que pretendieron resolver y a las condiciones de su génesis» (p. 313). Y así, la razón política se convierte en un Saturno que devora a sus hijos, o que si los deja escapar se transforman en monstruos melancólicos que sólo sobreviven gracias a la fuerza irracional de las costumbres comunitarias. Al final Nora Rabotnikof supone que los espacios comunes no deben clausurarse en identidades culturalmente radicadas en la moral o a circularidades racionales fuertes, sino abrirse a nuevas voces y actores que, gracias a los espacios públicos, siguen cumpliendo las antiguas expectativas de, a pesar de todo, racionalizar el poder. Nora Rabotnikof nos debe ahora un nuevo libro, que sin duda será tan bueno como el que estamos presentando, donde nos explique cómo las voces plurales en los foros públicos pueden dejar de ser amenazadoras cacofonías y comenzar a ser fuentes de racionalidad.